

EL PAÍS- GENTE- OBITUARIO

EN MEMORIA DE FERNANDO CHUECA GOITIA

GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS 01/11/2004

Cuando Fernando Chueca, hace ahora apenas un año, decidió presentar, junto con Luis de Pablo y Rafael Canogar, mi candidatura a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, me abrió, de par en par, las puertas de su casa y me ofreció lo más precioso de aquel empeño, la oportunidad de tratarle de cerca. Nos anudaba una vieja relación familiar que se remontaba a aquel famoso crucero por el Mediterráneo en el que, en los años treinta del siglo pasado, él y mi padre, con alguno más de aquellos jóvenes estudiantes, intentaron visitar a Trotsky en la isla donde se encontraba confinado, en una modesta barca que tuvo que regresar a mitad de travesía, vencida por un temporal. Luego vino su amistad con mi tía Carmen Marañón -que dejó la huella de la restauración del palacio toledano de Galiana-, su relación con mi abuelo, tan llena de afinidades y admiraciones mutuas, y finalmente, mi gran amistad con su hijo Fernando.

En estos momentos se agolpan, vívidos y cercanos, los recuerdos de los últimos 12 meses. Me acogió un anciano de 92 años, recién operado de un cáncer, pero, si se quiere, joven, por su inteligente entusiasmo, por su ilimitada generosidad, por su lucidez intelectual, por su sentido del humor, por su vasto y actualizado conocimiento, por su vigor, por sobreponer sus proyectos a los maravillosos recuerdos de una existencia, en todos los órdenes, plena, por su asombrosa capacidad de hacer. Acababa de publicar uno de sus *Cuadernos del estío* -bellísimos ejercicios literarios de quien además de saber tanto escribía excelentemente- y estaba entretenido en terminar una novela -*Las memorias de don Juan*-. Y ayer, cuando le velábamos, Rafael Manzano nos leía, emocionado, párrafos de una nueva obra, recién terminada, sobre el islam y su arquitectura. Entre medias, violentando el orden natural de sus finales, había muerto Goya -su extraordinaria mujer- dejando en su vida cotidiana un vacío irreparable, que afortunadamente paliaron su hijo y Rosario, con esos nietos que colmaron sus últimos años de sonrisas y esperanzas.

En mi caso decidió enviar una carta a los académicos que le eran más próximos, recomendando mi candidatura. Lo cierto es que escribió a casi todos, y lo más sobresaliente es que no hubo un texto igual a otro: cada carta evidenciaba los matices de una relación personal distinta, y transmitía, caso a caso, el argumento que más me favorecía. Con su altísima autoridad apoyó también personalmente mi candidatura, por teléfono, con encuentros personales, movilizándolo a otros para otros, lleno de energía. Y cuando finalmente fui elegido, ¡con qué inolvidable contento lo celebró con nosotros, y con cuánta delicadeza renunció a cualquier mérito en ello, y con cuánta ilusión habló conmigo, una y otra vez, de futuros compartidos -académicos, toledanos y más personales-! Recientemente, hace apenas dos semanas, fue a la Academia y reclamó hacer el discurso que respondiera, el próximo 29 de noviembre, al mío de ingreso. Lo hizo con tanta vehemencia como ilusión por la tarea, aunque, obviamente, estando tan ajustado el tiempo, las dificultades de

hacerlo eran muy grandes. Fui a verle para determinar lo que debía hacerse, y sabiendo que Alfredo Pérez de Armiñán, a quien tanto respetaba, había avanzado mucho en un posible discurso, me propuso "innovar", y que fueran dos las intervenciones. Era su genio, aunque luego, sabiendo cumplir con el necesario deber de adaptación que tenemos todos entre lo que deseamos y podemos hacer, propuso la solución que finalmente ha prosperado: él escribiría unas páginas y Alfredo las incluiría en su propio discurso como una cita singular. Así, unas horas después, nos llegaba lo que quizás haya sido su último texto: un precioso testimonio más de su generosidad, y de su amor por Toledo, esa ciudad que ha llegado tarde en su reconocimiento a una de las personas que más la quisieron y que más hicieron por ella.

Son otros los que deben escribir en esta hora triste con su autoridad sobre Fernando Chueca: sus discípulos y sus compañeros más cercanos, como nuestros admirables Pedro Navascués, Rafael Manzano y Gonzalo Anes, para situar su figura en la perspectiva que le corresponde. Sé que lo harán. Mi testimonio es el último.

Si podemos imaginarnos anticipadamente la desaparición de alguien, el desgarramiento de la separación se dulcifica. Con Fernando Chueca este ejercicio ha sido imposible por muchas señales lógicas que pudieran anunciar su posible muerte, la primera esa vida tan fecunda, tan cumplida diríamos. Y es que ni antes, ni hoy, podíamos concebir que se apagara la existencia de quien tan apasionadamente amaba la vida, de quien hasta el último de sus instantes conservó su extraordinaria personalidad, que no su cuerpo, incólume, íntegramente a salvo de las heridas del tiempo.